

En este estado llegó á la carroza que le estaba aguardando á él y á su compañera.

Cinco minutos hacía que rodaba la carroza, y el prelado no había dirigido aun la palabra á Juana.

CAPÍTULO VIII.

SAFO.

Madama de La Motte, que estaba muy en sí, sacó al prelado de su éxtasis.

— ¿ Adónde me conduce este coche ? dijo.

— Condesa, no temáis nada, dijo el cardenal. Habéis salido de vuestra casa, y la carroza os conducirá á ella.

— ¡ De mi casa !... ¿ Del arrabal ?

— Sí, condesa... ¡ Casa bien pequeñita para contener tantos encantos !

Y al decir estas palabras, el príncipe cogió la mano de Juana y estampó en ella un beso galante.

La carroza se paró á la puerta de la casita que tantos encantos iba á contener.

Juana saltó ligera del coche, y el cardenal se disponía á imitarla.

— No merece la pena, monseñor, le dijo en voz baja ese demonio hembra.

— ¡Cómo! condesa, ¿no merece la pena el pasar algunas horas con vos?

— ¿Y dormir, monseñor? replicó Juana.

— Me parece, condesa, que hallaréis varios cuartos de dormir en vuestra casa.

— Para mí convengo; pero ¿para vos?

— ¿Para mí no?

— No todavía, respondió Juana con un tono tan gracioso y provocativo, que la negativa equivalía á una promesa.

— Entonces, ¡adiós! replicó el cardenal, picado tan en lo vivo con estas palabras, que olvidó por un momento toda la escena del baile.

— Hasta otra vista, monseñor.

— En realidad la amo más así, dijo el cardenal retirándose.

Juana entró sola en su nueva casa, en cuyo vestíbulo se alinearon seis lacayos cuyo sueño había sido interrumpido por el aldabazo dado en la puerta, y á quienes Juana miró con ese aire de tranquila superioridad que no á todos los ricos es dado por la fortuna.

— ¿Y las doncellas? dijo.

Adelantóse respetuosamente uno de los lacayos y respondió:

— Señora, dos están aguardando en el cuarto.

— Llamadlas.

El lacayo obedeció, y al cabo de algunos minutos entraron dos mujeres.

— ¿Dónde tenéis costumbre de dormir? les preguntó Juana.

— Señora... aun no tenemos esa costumbre, repuso la de más edad; así, dormiremos donde guste la señora.

— ¿Dónde están las llaves de los aposentos?

— Aquí están, señora.

— Bien; por esta noche dormiréis fuera de casa.

Las doncellas miraron á su ama con sorpresa.

— ¿Supongo que tendréis una cama fuera?

— Sin duda, señora; pero es ya algo tarde; sin embargo, si la señora quiere estar sola...

— Os acompañarán estos señores, añadió la condesa despidiendo á los seis lacayos, más satisfechos aun de esto que las doncellas.

— ¿Y... cuándo debemos volver? dijo una de éstas con timidez.

— Mañana á las doce.

Los seis lacayos y las dos doncellas se miraron un instante; luego, mantenidos en respeto por la mirada imperiosa de Juana, se dirigieron todos hacia la puerta.

Juana los acompañó, los plantó en la calle, y antes de cerrar la puerta, dijo:

— ¿Queda aun alguno en la casa?

— ¡Dios mío! no, señora; no queda ninguno. Es imposible que quedéis abandonada de ese modo; á lo menos debe quedar una doncella velando, en los cuartos de la servidumbre, en las despensas, en cualquier parte que sea, con tal que quede.

— No tengo necesidad de nadie.

— Puede ocurrir un incendio, ó podéis sentirnos mala.

— Buenas noches; retiraos todos.

Y sacando el bolsillo, añadió:

— Ahí tenéis para estrenar mi servicio.

Un alegre murmullo y unas gracias de buen gusto dadas por los lacayos fueron la única respuesta, las últimas pala-

bras de los criados, y desaparecieron todos haciendo saludos hasta tocar el suelo con el sombrero.

Juana los escuchó de la parte de adentro, y oyó que se repetían uno á otro que la suerte acababa de depararles una ama fantástica.

Cuando se perdió á lo lejos el ruido de las voces y los pasos, Juana corrió los cerrojos y dijo con aire triunfal:

— ¡Sola! ¡Estoy sola aquí, en mi casa!

Encendió un candelabro de tres brazos con las bujías que estaban ardiendo en el vestíbulo, y corrió igualmente los cerrojos de la puerta maciza de aquella antesala.

Entonces principió una escena muda y singular, capaz de interesar muy vivamente á uno de esos espectadores nocturnos que las ficciones de los poetas han hecho certerse sobre las ciudades y los palacios.

Juana visitaba sus Estados, admirando pieza por pieza toda aquella casa, cuyo menor detalle adquiría á sus ojos un precio inmenso desde que el egoísmo del propietario había reemplazado á la curiosidad del pasante.

El piso bajo todo era de madera y bien calafateado, y se componía de la sala de baños, las despensas, los comedores, tres salones y dos cuartos de recibimiento,

El mueblaje de estas vastas piezas no era rico como el de Guimard, ni lindo como el de los amigos de M. de Soubise, pero respiraba el lujo del gran señor: no era nuevo. La casa habría agradado menos á Juana si hubiese sido amueblada la víspera expresamente para ella.

Todas esas riquezas antiguas desdeñadas por las damas á la moda, aquellos maravillosos muebles de ébano esculpido, aquellas arañas con girándulas de cristal, cuyos brazos dorados lanzaban de las bujías color de rosa brillantes li-

rios; aquellos relojes góticos, obras maestras de cinceladura y esmalte; aquellos biombos sembrados de figuras chinas; aquellos enormes jarrones del Japón atestados de flores raras, aquellas pinturas de claro obscuro, ó de color de Boucher ó de Watteau que adornaban la parte superior de las puertas, sumergían á la nueva propietaria en deliciosos éxtasis.

Aquí, sobre una chimenea, dos tritones dorados levantaban canastillos de coral de cuyas ramas pendían en forma de frutas todas las fantasías de la joyería de aquella época; allí, sobre una consola de madera dorada con tablero de mármol blanco, un enorme elefante de Celadón, con las orejas cargadas de arameles de zafiro, sustentaba una torre llena de perfumes y frasquitos.

Brillaban libros de mujeres dorados é iluminados en estantes de palo de rosa con cantoneras de arabescos de oro.

Un juego completo de finas alfombras de los Gobelinos, obra maestra de paciencia que había costado cien mil libras en la misma fábrica, adornaba un saloncito pintado de gris y oro, del que cada lienzo era un cuadro oblongo, obra de Vernet ó de Greuze. El gabinete de labor estaba lleno de los mejores retratos de Chardin, y de las más finas obras de barro cocido de Clodión.

Todo atestiguaba, no la premura con que un rico de ayer satisface su capricho ó el de su querida, sino el trabajo largo y constante de esos ricos seculares que sobre los tesoros de sus padres amontonan otros para sus hijos.

Primero, Juana examinó el conjunto, enumeró las piezas, y luego se enteró de los detalles.

Y como la estorbaba su dominó y la oprimía su cuerpo de ballena, entró en su cuarto de dormir, desnudóse rápi-

damente, y se puso un peinador de seda acolehada, traje hechicero que nuestras madres, poco escrupulosas en cuanto á nombrar las cosas útiles designaban con un nombre que nosotros no podemos escribir.

Tiritando, medio desnuda en el raso que acariciaba su pecho y su talle, con su fina y nerviosa pierna arqueada bajo los pliegues de su peinador corto, subía atrevidamente la escalera con su luz en la mano.

Familiarizada con la soledad, y segura de no tener que temer la mirada ni aun de un lacayo, saltaba de pieza en pieza, dejando ondear á la merced del viento que soplaba por debajo de las puertas, su fino peinador de batista arregazado en dos minutos sobre sus encantadoras rodillas.

Y cuando levantaba el brazo para abrir un armario, cuando, separándose el peinador, dejaba descubierta la blanca redondez de su hombro hasta el nacimiento del brazo, dorado por un rutilante reflejo de luz familiar á los pinceles de Rubens, entonces los espíritus invisibles ocultos entre las colgaduras, abrigados tras de los lienzos pintados, debían regocijarse de tener en su posesión á aquella encantadora huésped que creía poseerlos.

Una vez fatigada y jadeando, después de todas sus correrías, y consumidas las dos terceras partes de su bujía, se volvió al cuarto de dormir, colgado de raso azul, bordado de grandes flores quiméricas.

Lo había visto todo, todo lo había contado y acariciado con la vista y con las manos, y ya no le quedaba que admirar más que á sí misma.

Puso la bujía sobre un velador de Sevres con rejilla de oro, y de súbito se fijó su vista en un Endimión de mármol, delicada y voluptuosa figura de Bouchardón que estaba

echado de espaldas ebrio de amor sobre un zócalo de pórfiro rojo-oscuro.

Juana fué á cerrar la puerta y las mamparas de su cuarto, corrió las tupidas cortinas, volvió frente á la estatua y devoró con los ojos aquel hermoso amante de la Luna que le daba el último beso al subir hasta el cielo.

El fuego encarnado reducido á brasa calentaba aquel cuarto donde todo vivía excepto el placer.

Juana sintió sus pies hundirse suavemente en la espesa lana tan blanda de la alfombra; sus piernas vacilar y doblarse, una languidez que no era cansancio, en que el sueño oprimía su pecho y sus párpados con la delicadeza de un tacto amoroso, mientras que un fuego, que no era el de la chimenea, subía de sus pies á todo su cuerpo, y al subir agitaba en sus venas toda la electricidad viviente que, en la bestia, se llama el placer, y en el hombre el amor.

En ese momento de sensaciones extrañas, Juana se vió á sí misma en un gran espejo colocado detrás de Endimión. Su peinador se le había deslizado de los hombros á la alfombra, y la camisa de fina batista, arrastrada por el raso que era más pesado, había descendido hasta la mitad de sus blancos y torneados brazos.

Dos ojos negros, de dulce molicie y brillantes de deseo, los dos ojos de Juana, hirieron á ésta en lo más profundo del corazón: hallóse bella, se sintió joven y ardiente; y se confesó que entre cuanto la rodeaba, nada, ni aun la misma Luna, era tan digna de ser amada. Luego, se acercó al mármol para ver si Endimión se animaba, y si desdeñaba á la diosa por la mortal.

Este transporte la embriagó; inclinó la cabeza sobre su hombro con estremecimientos desconocidos, apoyó sus la-

bios sobre su palpitante carne, y como no había separado su vista de los ojos que la llamaban en el espejo, languidieron sus ojos de súbito, su cabeza se dejó caer sobre el pecho exhalando un suspiro, y Juana fué á caer adormecida é inanimada sobre la cama, cuyas cortinas se inclinaron sobre ella.

La bujía lanzó un último reflejo del seno de una capa de cera líquida, y en seguida con su último resplandor exhaló su último perfume.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO IX.

LA ACADEMIA DE M. DE BEAUSIRE.

Beausire había seguido al pie de la letra el consejo del dominó azul, dirigiéndose á lo que se llamaba su academia.

El digno amigo de Oliva, engolosinado por el enorme guarismo de dos millones, tenía mucho más aun la especie de exclusión que de él habían hecho sus amigos en aquella noche no dándole parte de un plan tan ventajoso.

Sabía que los miembros de academia no se pican de escrupulosos, y esto era para él un motivo para apresurarse, porque los ausentes nunca tienen razón si están ausentes por casualidad, y la tienen aun mucho menos cuando los presentes se aprovechan de su ausencia.

Beausire se había granjeado una fama de hombre temible entre los asociados de la academia. Esto no era extraño ni difícil; porque Beausire había sido exento; había vestido uniforme; sabía ponerse la mano sobre la cadera y la otra

sobre el puño de la espada, y á la menor palabra, sabía calarse el sombrero hasta los ojos; maneras todas que á las personas de dudoso valor parecen bastante espantosas, especialmente si esas personas tienen que temer el ruido de un duelo y las pesquisas de la Justicia.

De consiguiente Beausire contaba vengarse del desdén que le habían manifestado, metiendo algún miedo á los cofrades del garito de la calle del Pote-de-Hierro.

Desde la puerta de San Martín hasta la iglesia de San Sulpicio hay un buen trecho; pero Beausire estaba rico, se metió en un fiacre y prometió al cochero cincuenta sueldos, esto es, una gratificación de una libra, pues según la tarifa de aquella época la carrera nocturna se pagaba lo que se paga hoy la de día.

Los caballos partieron con rapidez; Beausire se tomó un airecillo de furibundo, y á falta de sombrero, puesto que llevaba un dominó, y á falta también de espada, se arregló una cara bastante arisca para causar inquietud á todo transeunte retardado.

Su entrada en la academia produjo cierta sensación.

Había allí, en el primer salón, pintado todo de gris y con arañas y muchas mesas de juego, unos veinte jugadores que bebían cerveza y jarabe, sonriendo con la punta de los labios á siete ú ocho mujeres espantosamente cargadas de blanquete que estaban mirando las cartas.

En la mesa principal jugaban el faraón; las puestas eran débiles, y la animación de los jugadores proporcionada á ellas.

Á la llegada del dominó, que frotaba su capucha estirándose en los pliegues de su disfraz, algunas mujeres se pusieron á fisgar entre burlonas y azuzadoras. Beausire era hermosote, y las mujeres no le trataban mal.

Sin embargo, se adelantó como si nada hubiese visto ni oído, y una vez cerca de la mesa, aguardó en silencio una réplica á su mal humor.

Uno de los jugadores, especie de viejo banquero equívoco cuya figura no carecía de honradez, fué la primera voz que decidió á Beausire.

— ¡Carambola! dijo este buen hombre; caballero, llegáis del baile con una cara bien demudada.

— Verdad es, dijeron las mujeres.

— ¡Eh! querido caballero, preguntó otro jugador, ¿os lastima en la cabeza el dominó?

— No es el dominó el que me lastima, respondió Beausire con dureza.

— ¡Vamos, vamos! dijo el banquero que acababa de arrebañar una docena de luises; el caballero Beausire nos ha hecho una infidelidad; ¿no estáis viendo que ha estado en el baile de la Ópera, y que en las inmediaciones del teatro se ha presentado ocasión de hacer una buena puesta y ha perdido?

Todos se rieron según su humor; pero las mujeres se compadecieron.

— No es cierto que yo haya hecho infidelidades á mis amigos, replicó Beausire, porque soy incapaz de hacerlas. Eso de hacer infidelidades á sus amigos, es bueno para ciertas personas que yo conozco, añadió, y para dar más peso á sus palabras, ocurrió á los ademanes, es decir, que quiso aplastarse el sombrero sobre la cabeza; pero desgraciadamente solo aplastó un retazo de seda que le cubrió de ridículo, lo cual, en vez de un efecto serio produjo un efecto cómico.

— ¿Qué queréis decir, querido caballero? preguntaron dos ó tres de los asociados.

— Bien sé lo que quiero decir, respondió Beausire.
— Pero no nos basta que lo sepáis vos, dijo un viejo de buen humor.

— Esto no os atañe á vos, señor banquero, replicó Beausire torpemente.

Una ojeada expresiva del banquero advirtió á Beausire que su frase era importuna. En efecto, en aquella audiencia no debía hacerse diferencia entre los que pagaban y los que se embolsaban el dinero.

Beausire lo comprendió, pero estaba lanzado, y los valientes falsos se detienen con más dificultad que los valientes bien probados.

— Yo creía que tenía amigos aquí, dijo.

— Pero... ¿y quién lo duda? replicaron muchas voces.

— Y bien; veo que me he equivocado.

— ¿En qué?

— En esto; en que se hacen muchas cosas sin mí.

El banquero hizo una nueva seña, y los asociados presentes nuevas protestas.

— Basta que yo lo sepa, añadió Beausire, y los falsos amigos recibirán su castigo.

Y buscó el puño de la espada, pero solo halló el bolsillo del pantalón, que estaba lleno de luises y despidió un sonido revelador.

— ¡Oh, oh! exclamaron dos damas. M. de Beausire se halla en grande esta noche.

— Parece que sí, repitió con socarronería el banquero; me parece que si ha perdido, no lo ha perdido todo, y que, si ha hecho una infidelidad á los legítimos, no la ha hecho sin revancha. Vamos, apuntad, querido caballero.

— ¡Gracias! respondió secamente Beausire; ya que

cada cual se guarda lo que tiene, yo me lo guardo también.

— ¿Qué diablo quieres decir? le dijo al oído uno de los jugadores.

— Ya nos explicaremos muy luego.

— Jugad, pues, dijo el banquero.

— Nada más que un luis, añadió una dama acariciando el hombro de Beausire para acercarse lo más posible á su bolsillo.

— Yo no juego sino millones, dijo Beausire con audacia; y verdaderamente no concibo como se juegan aquí miserables luises. ¡Millones! Vamos, señores del Pote-de-Hierro; ya que se trata de millones sin que se sospeche, ¡abajo las apuestas de un luis! ¡Millones, señores millonarios!

Beausire había llegado á ese momento de exaltación que arrastra al hombre más allá de los límites del sentido común; animábale una embriaguez más peligrosa que la del vino, cuando de súbito recibió por detrás en las piernas un golpe bastante violento para interrumpirle.

Volvióse y vió á su lado una figura alta y aceitunada, tiesa y agujereada, con unos ojos negros brillantes como dos ascuas.

Al gesto de cólera que hizo Beausire, aquel extraño personaje respondió con un saludo ceremonioso acompañado de una mirada tan larga como un espadón.

— ¡El portugués! exclamó Beausire atónito con aquel saludo de un hombre que acababa de aplicarle un golpazo.

En realidad, ese portugués era el niño mimado de aquellas damas, á quienes, so pretexto de que no hablaba francés, llevaba á todo instante golosinas envueltas algunas veces en billetes de Banco de cincuenta y sesenta libras.

Beausire conocía á aquel portugués por uno de los asociados, el cual perdía siempre con los parroquianos del garito, y fijaba sus puestas en unos cien lises por semana, que los parroquianos le llevaban por lo regular.

Era el gancho de la sociedad; y mientras que él se dejaba despojar de cien plumas doradas, los otros cofrades despojaban á los jugadores que caían en el garlito.

Así, el portugués era considerado por los asociados como el hombre útil, y por los parroquianos como el hombre agradable. Beausire tenía con él esa consideración tácita inherente á lo desconocido, aunque no dejaba de tener alguna parte en eso la desconfianza.

De consiguiente habiendo Beausire recibido la patada que el portugués acababa de aplicarle en las pantorillas, calló y se sentó.

El portugués se sentó también á jugar, puso veinte lises sobre la mesa, y en veinte jugadas que duraron un cuarto de hora, quedó desembarazado de sus veinte lises por seis puntos famélicos que olvidaron un momento los arañazos del banquero y de los otros compadres.

El reloj dió las tres de la mañana, y en ese momento Beausire apuraba un vaso de cerveza.

Entraron dos lacayos, y el banquero dejó caer su dinero en el doble fondo de la mesa, porque los estatutos de la asociación tenían tal sello de confianza hacia sus miembros, que jamás se entregaba á ninguno de estos el manejo completo de los fondos de la sociedad.

De consiguiente al finalizar la sesión, cayó el dinero por una abertura en el doble fondo de la mesa; y á ese artículo de los estatutos estaba añadido por vía de posdata, que el banquero no tuviese jamás mangas largas ni pudiese lle-

varse dinero consigo; lo cual quería decir, que se le prohibía el escamotear en sus mangas una veintena de lises, y que la asamblea se reservaba el derecho de registrarle para recogerle el oro que él hubiese sabido deslizarse en sus bolsillos.

Los lacayos, decimos, trajeron á los miembros de la asociación las hopalandas, las capillas y las espadas; muchos de los jugadores que habían tenido buena suerte dieron el brazo á las señoras: los que habían perdido se metieron en una silla de manos, que aun eran de moda en aquellos barrios pacíficos, y el salón de juego quedó á oscuras.

También Beausire había parecido arrebuajarse en su dominio como para hacer un viaje eterno: pero no bien había bajado del primer piso, y habiéndose cerrado la puerta, mientras desaparecían los fiacres, las sillas de manos y los peatones, se volvió al salón donde acababan de entrar de nuevo doce de los asociados.

— Por último, vamos á explicarnos, dijo Beausire.

— Encended vuestro quinqué y no habléis tan alto, le dijo con frialdad y en buen francés el portugués, quien por su parte encendía también una bujía que estaba sobre la mesa.

Beausire refunfuñó algunas palabras, de las que nadie hizo caso. El portugués se sentó en el puesto del banquero; examinaron si las contraventanas, las puertas y las cortinas estaban bien cerradas; y en seguida se sentaron todos despacio, apoyando los codos sobre la carpeta con una curiosidad devorante.

— Tengo una comisión que haceros, dijo el portugués; afortunadamente he llegado á tiempo, porque M. de Beausire tiene esta noche un terrible flujo de charlar...

Beausire quiso replicar.

— ¡Vamos, haya paz! dijo el portugués. No perdamos el tiempo en tonterías; habéis soltado palabras que son más que imprudentes. Habéis tenido conocimiento de mi idea, está muy bien; sois hombre de talento y habéis podido adivinarla; pero me parece que el amor propio no debe sobreponerse nunca al interés.

— No comprendo lo que queréis decir, repuso Beausire.

— Nosotros no comprendemos tampoco, añadió la respetable asamblea.

— Si tal, M. de Beausire ha querido probar que era el primero que había dado con el negocio.

— ¿Con qué negocio? preguntaron los interesados.

— Con el de los dos millones, respondió Beausire en tono enfático.

— ¡Dos millones! exclamaron los asociados.

— Y primeramente, se apresuró á decir el portugués, vos exageráis, porque es imposible que el negocio dé tanto de sí, como voy á probaros en el acto.

— Ninguno de nosotros sabe lo que queréis decir, exclamó el banquero.

— Sí, pero no por eso dejamos de deshacernos en escuchar, añadió otro.

— Hablad el primero, dijo Beausire.

— Accedo con mucho gusto.

Y el portugués se llenó un vaso descomunal de horchata que se tragó sin alterar en lo más mínimo su aire de hombre impasible.

— Sabed, dijo, que el collar no vale más de un millón quinientas mil libras; esto no lo digo por M. de Beausire.

— ¡Ah! si se trata de un collar... dijo Beausire.

— Sí, se trata de un collar, ¿no es ese el negocio de que hablabais?

— Tal vez.

— Después de haberse hecho el indiscreto, ahora va á echarla de discreto.

Y el portugués se encogió de hombros.

— Siento veros adoptar un tono que me desagrada, dijo Beausire con el acento de un gallo que se levanta sobre sus espaldones.

— ¡Mira, mira! dijo el portugués frío como un mármol: después diréis todo lo que se os antoje, pero ahora yo digo lo que tengo que decir; y el tiempo urge, porque debéis saber que el embajador llega dentro de ocho días á más tardar.

— La cosa se complica, pensó la asamblea palpitando de interés; el collar, un millón quinientas mil libras, un embajador... ¿qué viene á ser este enredo?

— En dos palabras, he aquí el negocio, dijo el portugués: Los señores Bøhmer y Bossange han presentado á la reina un collar de diamantes que vale un millón y quinientas mil libras, pero la reina lo ha rehusado. Ahora esos joyeros no saben qué hacer de él y lo ocultan. Se ven muy embarazados, porque ese collar solo puede ser comprado por una fortuna real. Y bien; yo he hallado la persona real que ha de comprar ese collar y lo hará salir del escondite de Bøhmer y Bossange.

— ¿Y es?... dijeron los asociados.

— Mi graciosa soberana la reina de Portugal.

Y al decir esto, el portugués se estiró como un gallo.

— Ahora lo comprendemos menos que antes, dijeron los asociados.

— Yo no comprendo una jota, dijo para sí Beausire.

— Explicaos claramente, querido señor Manoel, añadió en voz alta, porque las desavenencias particulares deben acallarse ante el interés público. Vos sois el padre de la idea, lo reconozco francamente, y renuncio á todo derecho de paternidad; pero, sed claro, por el amor de Dios!

— Acabáramos, dijo don Manoel tragándose un nuevo vaso de horchata. Voy á poner la cuestión límpida como el agua.

— Sabemos ya con seguridad que existe un collar de un millón quinientas mil libras, y este es un punto importante, dijo el banquero.

— Y ese collar se halla en el cofre de los señores Bøehmer y Bossange; he ahí el segundo punto, añadió Beausire.

— Pero don Manoel ha dicho que S. M. la reina de Portugal compraba el collar, y eso nos desorienta.

— Sin embargo nada hay más claro, repuso el portugués. Hacedos cargo de lo que voy á decir. La embajada está vacante, se ha nombrado un embajador interino; el nuevo embajador, señor de Souza, no llegará hasta dentro de ocho días lo más pronto.

— Bueno, dijo Beausire.

— En estos ocho días ¿qué inconveniente hay en que ese embajador, presuroso de ver á París, llegue y se instale?

Los de la asamblea se miraron unos á otros con la boca abierta.

— Hacedos bien cargo, dijo con viveza Beausire; don Manoel quiere deciros que puede llegar un embajador verdadero ó falso.

— Exactamente, añadió el portugués. Si el embajador que llegue deseara comprar el collar para S. M. la reina de Portugal, ¿no tiene el derecho de comprarlo?

— ¡Pardiez! ¿quién lo duda? respondieron los asociados.

— Y en ese caso entra en ajuste con los señores Bøehmer y Bossange, y negocio concluído.

— Absolutamente concluído.

— Solo que hay que pagar, una vez ajustado, observó el banquero del faraón.

— ¡Diantre! verdad es, dijo el portugués.

— Y los señores Bøehmer y Bossange no soltarán el collar á un embajador, aun cuando sea este un verdadero Souza, sin que les den garantías seguras de pago.

— ¡Oh! ya he pensado en una garantía, objetó el futuro embajador.

— ¿Cuál?

— Hemos dicho que la embajada estaba vacante.

— Sí.

— No queda en ella más que un canciller, un francés honachón que habla el portugués tan mal que nadie le iguala y que está encantado cuando los portugueses le hablan en francés, porque entonces no se halla atascado, y cuando los franceses le hablan en portugués, porque entonces se luce.

— ¿Y bien? repuso Beausire.

— Y bien, señores; nos presentaremos á ese buen hombre con todas las exterioridades de la nueva legación.

— Las exterioridades son buenas, dijo Beausire: pero valen mucho más los papeles.

— Se tendrán los papeles, replicó lacónicamente don Manoel.

— No cabe duda que don Manoel es un hombre precioso, dijo Beausire.

— Una vez convencido el canciller de la identidad de la legación por los papeles y por nuestro aparato, nos instalamos en la embajada.

— ¡ Oh, oh ! ¡ eso es muy fuerte ! interrumpió Beausire.

— Es forzoso, continuó el portugués.

— Es muy sensible, afirmaron los otros asociados,

— Pero, ¿ y el canciller ? objetó Beausire.

— Lo hemos dicho : convencido.

— ¿ Si por casualidad se hiciese menos crédulo ?

— Diez minutos antes que manifestase la menor sospecha, se le despediría. Yo creo que un embajador tiene el derecho de cambiar de canciller.

— Es evidente.

— De consiguiente, quedamos dueños de la embajada, y nuestra primera operación será ir á visitar á los señores Bœhmer y Bossange.

— ¡ No, no ! replicó con viveza Beausire. Al parecer ignoráis un punto capital que yo, que he vivido en las cortes, conozco perfectamente, á saber: que una operación como la que decís no se hace por un embajador sin que, previamente á todo otro paso, haya sido recibido en audiencia solemne ; y en eso preciso es confesar que hay un gran peligro. El famoso Riza-Bey, que fué admitido ante Luis XIV en calidad de embajador del shah de Persia, y que tuvo el aplomo de ofrecer á Su Majestad Cristianísima turquesas por treinta francos, era muy versado en la lengua persa, y lléveme el diablo si había en Francia sabios capaces de probarle que no venía de Ispahan. Pero nosotros seríamos reconocidos en el acto, nos dirían al punto que hablamos el portugués con un acento francés de los más puros, y por regalo de presentación nos enviarían á la Bastilla... ¡ tengamos cuidado !

— Vuestra imaginación os arrastra demasiado lejos, querido colega, dijo el portugués ; nosotros no iremos á arrostrar todos esos peligros, sino que cada uno permaneceremos en nuestro palacio.

— Entonces M. Bœhmer no os creará portugueses, ni creará en semejante embajada.

— M. Bœhmer comprenderá que venimos á Francia con la misión muy natural de comprar el collar, puesto que el embajador habrá sido cambiado mientras estábamos en camino. Solo se nos ha entregado la orden de reemplazarle, y esa orden se mostrará, si preciso es, á M. Bossange, puesto que se habrá mostrado al canciller de la embajada ; sólo que á quienes hay que tratar de no mostrar esa orden, es á los ministros del rey ; porque estos son muy curiosos y desconfiados, y tratarían de atormentarnos con una cáfila de detalles.

— ¡ Oh, sí ! exclamó la asamblea, no nos pongamos en relación con el ministerio.

— ¿ Y si Bœhmer y Bossange pidiesen ?...

— ¿ Qué ? interrumpió don Manoel.

— Alguna suma á cuenta, respondió Beausire.

— ¡ Eso complicaría el negocio ! exclamó el portugués embarazado.

— Porque al cabo, prosiguió Beausire, es costumbre que un embajador llegue con crédito, si no con dinero fresco.

— Es exacto, dijeron los asociados.

— Y de ese modo marraría el negocio, añadió Beausire.

— Vos halláis siempre medios para hacer que marre el negocio, repitió don Manoel con una acritud glacial, pero de seguro que no los hallaréis para asegurarlo.

— Precisamente, si suscito dificultades, es para buscar los medios de superarlas, dijo Beausire.

— Mirad, ya se me ocurren esos medios.

Todas las cabezas se aproximaron en un mismo círculo.

— En toda cancillería hay una caja.

— Sí, una caja y un crédito.

— No hablemos del crédito, replicó Beausire, porque no hay nada que cueste más caro procurarse. Para tener crédito, necesitaríamos antes tener caballos, coches, lacayos, ricos muebles, en fin, un aparato, que es la base de todo crédito posible. Hablemos de la caja. ¿Qué opináis de vuestra embajada?

— Siempre he considerado á Su Majestad Fidelísima, mi soberana, como una magnífica reina, y de consiguiente debe hacer las cosas en regla.

— Eso es lo que luego veremos; y además, admitamos que no haya nada en la caja.

— Es posible, dijeron suspirando los asociados.

— Entonces, ya cesaron los embarazos, porque inmediatamente, nos el embajador, preguntamos á los señores Bøhmer y Bossange cuál es su corresponsal en Lisboa, y les firmamos, con estampilla y sello, letras de cambio contra su corresponsal por la suma estipulada.

— ¡Ah! ¡he ahí un pensamiento feliz! dijo don Manoel majestuosamente preocupado de la invención. Yo no había descendido á los detalles.

— Que son exquisitos, dijo el banquero del faraón lamiéndose los labios.

— Ahora, vamos á ver cómo nos repartimos los papeles, dijo Beausire. Estoy viendo á don Manoel en el embajador.

— ¡Oh! en cuanto á eso, no cabe discusión, dijo en coro la asamblea.

— Y yo estoy viendo á Beausire en mi secretario intérprete, añadió don Manoel.

— ¿Cómo? replicó Beausire algo inquieto.

— Es preciso que yo, que soy el señor de Souza, no hable una palabra de francés, porque conozco bien á ese señor, y sé que cuando habla, lo que hace rara vez, no habla sino en portugués, su lengua natural; mientras vos, Beausire, que habéis viajado, que estáis muy familiarizado en las transacciones parisienses, que habláis agradablemente el portugués...

— Le hablo muy mal, repuso Beausire.

— Bastante bien para que no os crean parisiense.

— Eso es verdad... però...

— Y además, añadió don Manoel, fijando una negra mirada en Beausire, á los agentes más útiles las mayores ganancias.

— Eso es corriente, dijeron los asociados.

— Hablemos ahora mismo de eso, interrumpió el banquero, ¿cómo se ha de dividir la ganancia?

— Es muy sencillo, dijo don Manoel, somos doce.

— Sí, somos doce, repitieron los asociados contándose.

— De consiguiente se repartirá por dozavas partes, añadió don Manoel; pero con la diferencia que algunos de nosotros se llevarán parte y media; por ejemplo, yo, como padre de la idea y embajador; y Beausire, porque ha olfateado el golpe, y al llegar aquí ha hablado de millones.

Beausire hizo un signo de adhesión.

— Y en fin, dijo el portugués, el que venda los diamantes se llevará también parte y media.

— ¡Oh! exclamaron á un tiempo los asociados. ¡Á ese nada! ¡nada más que media parte!

— ¿Y por qué? preguntó don Manoel sorprendido. Me parece que ese se arriesga mucho.

— Sí, dijo el banquero, pero ese tendrá las adhehas, las primas y las rebajas, que le dejarán una raja más que decente.

Todos se echaron á reir, como personas honradas que se conocían al dedillo.

— Conque queda todo arreglado, dijo Beausire; mañana hablaremos de los detalles, porque hoy es ya tarde.

Beausire pensaba en Oliva, que había quedado sola en el baile con aquel dominó azul, hacia el cual no se sentía arrastrado por una confianza ciega el amante de Nicole, á pesar de su facilidad en regalar luises de oro.

— No, no: acabemos ahora mismo; dijeron los asociados, ¿qué detalles son esos?

— Un coche de camino con las armas de Souza, dijo Beausire.

— Debe llevar demasiado tiempo en pintarse, y sobre todo en secar, observó don Manoel.

— Entonces recurramos á otro medio, exclamó Beausire. El coche del señor embajador se habrá roto en el camino, y habrá tenido que tomar el de su secretario.

— ¿Según eso tenéis un coche? preguntó el portugués.

— Tengo el primero que se halle á mano.

— ¿Y vuestras armas?

— Las primeras que se presenten.

— ¡Oh! eso simplifica todo el negocio. Mucho polvo y lodo en los tableros, en la trasera del coche, y en el sitio del escudo de armas, y el cançiller no verá más que polvo y lodo.

— Pero ¿y el resto de la embajada? preguntó el banquero.

— Nosotros llegaremos por la noche, que es más cómodo

para un principio, y vosotros llegaréis á la mañana siguiente cuando nosotros hayamos ya preparado el camino.

— Bravísimo.

— Todo embajador, además de su secretario, necesita ayuda de cámara; ¡empleo que es muy delicado! dijo don Manoel.

— Señor comendador, dijo el banquero dirigiéndose á uno de aquellos bellacos, vos os encargaréis del papel de ayuda de cámara.

El comendador se inclinó.

— ¿Y fondos para las compras? preguntó don Manoel. Yo estoy como una patena.

— Yo tengo algún dinerillo, pero es de mi querida, dijo Beausire.

— ¿Cuánto hay en caja? preguntaron los asociados.

— Vuestras llaves, señores, dijo el banquero.

Cada uno de los asociados sacó una llavecita que abría uno de los doce registros con que se cerraba el doble fondo de la famosa mesa, de suerte que en aquella honrada sociedad nadie podía visitar la caja sin el permiso de sus once colegas.

Habiéndose procedido al examen de fondos:

— ¡Ciento noventa y ocho luises además de los fondos de reserva! dijo el banquero, que había sido bien vigilado durante la operación.

— Entregádnoslos á Beausire y á mí, dijo don Manoel. Me parece que no es demasiado.

— Dadnos las dos terceras partes, y la otra dejadla á los demás de la embajada, repuso Beausire con una generosidad que concilió todos los sufragios.

De este modo don Manoel y Beausire recibieron ciento treinta y dos luises de oro, y los sesenta y seis restantes quedaron para los otros.